FRANCISCO GAVIDIA

HESPERO

BINA

HESPERO

EN CUATRO CUADROS Y SEIS ESCENAS

ORATORIO, MISTERIO, POEMA DRAMATICO O AUTO SACRAMENTAL A LA MODERNA; SEGUIDO DE «LA VUELTA DEL HEROE» (RECORTE DE «LA PRENSA DE BUENOS AIRES»), CON LAS ILUSTRACIONES DE FRANCIS VAN RIEL.

A JOSE VASCONCELOS.

POR FRANCISCO GAVIDIA.

PERSONAJES:

HESPERO, a quien también se da el nombre de EL PEREGRINO.
FLOR, diosa.
OZTOC, dios antiguo y campestre.
UN CORTESANO y
Séquito, en el palacio de HESPERO, en Güijar.

CUADRO I

Paisaje abierto en la pendiente de la montaña.

ESCENA I

LA DIOSA FLOR.

(Lleva diadema y tapa-orejas redondas, de oro: una flor al pecho, y sandalias, también de oro)

Los titanes, al cabo, renovaron la tierra:
Con sus teas prendieron sus flancos, los titanes,
Con los grifos tricéfalos y dragones en guerra;
Y por siglos y siglos, ardieron los volcanes.
Mas por hoy han cesado la guerra y la pavura:
Yo soy la Flor Preciosa, la Diosa Primavera;
Y por mí son jardines el monte y la llanura
Y un tapete de flores cubre la tierra entera.
Los hombres, bendiciendo las terribles deidades,
Sólo aman extasiados, a la Buena, a la Hermosa:

FOLLETO PUBLICADO POR EL ATENEO DE EL SALVADOR

HESPERO

POR

Francisco Gavidia

SAN SALVADOR.—EL SALVADOR.—C. A.

-1931-

TALLERES TIPOGRAFICOS DEL MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA.

Y desde hoy con mi nombre contarán las edades:
Héme aquí, Flor Preciosa! La Diosa Flor Preciosa!
Mas a quién ¡oh tristeza de las cosas mundanas!
Ofreceré mis cestas y festones de flores?
Para mí son bellezas estériles y vanas,
Si no son dulce ofrenda de los castos amores.
Arden en torno mío los inciensos leales;
Ningún mortal, empero, puede amar a una Diosa:
¿Qué haré de mi belleza, rodeada de mortales?
¡Pobre la Flor Preciosa! ¡Ay de la Flor Preciosa!
Dónde hallaré, deidades! a mi soñado amante?
Haced que hacia su gruta mis pasos encamine:
Soy la Talía hermosa, soy la Aglae brillante;
Pero quiero ser otra, quiero ser Eufrosine.
Eufrosine! La gracia, primera entre las gracias,
Pues su gracia a los cielos, la mirada encamina:
Como la luna pálida sobre un bosque de acacias
Sobre las almas bellas posa su luz divina.
Soy la Talía hermosa, soy la Aglae brillante;
Pero quiero ser otra, quiero ser Eufrosine:
¿Dónde hallaré ¡oh deidades! a mi soñado amante?
¡Haced que hacia su gruta mis pasos encamine!
UNA VOZ, en el bosque:
Ven, que tus plantas huellen mi florecida ruta . . . .
LA DIOSA.—Eres un dios?
LA VOZ.— La gruta con que tu planta acierta.
LA DIOSA.—Será del dios que busco la encantadora gruta?
¡Qué monstruo horrible, dioses!

ESCENA II

(Cámbiase en parte el paisaje y aparece el Oztoc, cabeza enorme, de cuatro pies de altura, de un monstruo estilizado y que representa las fauces de la Tierra. Se trata en suma de una caverna que más tiene la forma de las fauces rojas de un monstruo, los dientes horribles, blancos, y la testa verde de una vegetación de color exuberante. Corriéndose un bastidor de bosque, en tercer término, aparece el mascarón del Oztoc a la derecha, en el fondo).

LA DIOSA.—Muerta soy . . . . Estoy muerta
De espanto . . . .
OZTOC.— Flor Preciosa!
Yo te amo!
LA DIOSA.—¡Horror!
OZTOC.— No temas, ah! no temas:
Sé que tu mano próvida ha tendido
El tapete de flores que hoy esmalta
Mi gruta, antes de lavas calcinadas.
Tal es la causa de mi amor. No tiembles!
No aspiraría Oztoc a la diadema
De otro amor, que adorarte como diosa!
Mas escuché tus pasos melodiosos . . . .

Entendí tus lamentos . . . . y sé que amas
A un sér desconocido . . . . Caso extraño!
Amas a quien ignoras. Siendo la alta,
La más pura deidad, rendir ansías
Tu corona de blancas azucenas,
Tus cestos de albahaca y lirios rojos
A un dios mayor . . . . que es vano tener flores
Si no amamos a un sér para ofrendarlas.
Cierto que es dura empresa . . . . El Asia adusta
Tiene su flor de Loto, y la risueña
América a Suchit, que ese es tu nombre;
Mas el Oztoc, ha tiempo, de sus fauces,
Vió salir a los dioses más antiguos,
Como el Opu y la Piedra que dió el fuego.
Puede quién tanto vió dar un consejo
A la joven Suchit, la Flor Preciosa.
LA DIOSA.—Cierto que en otros pueblos muy lejanos,
Los pastores, sin dioses y sin leyes,
Oyeron, de los tétricos abismos
Del suelo y las cavernas de las selvas,
Salir voces profétcas, en tanto
Que a los bordes de negro precipicio
Danzaban sus pacíficos rebaños . . . .
Así escucho hoy salir sabias palabras,
Mi buen Oztoc, de tus profundas fauces.
OZTOC.—Oye, pues: hace tiempo,
De un lejano país, la nueva Tula,
Vino un rey . . . . ¿Era un Dios como se ha dicho?
¿O era más bien un hombre? . . . . Su nombre, Héspero
La barba rubia, los azules ojos,
La túnica de azur que tachonaban
La luna y las estrellas, y su cetro
Y su diadema de oro, a su persona
Daban grandeza tal, que era tan sólo
Comparable a las llamas y a la dulce
Música que vertían sus palabras.
A su acento nacieron nuevas flores;
Tiñéronse del casto algodonero
Con variados colores los vellones,
Y no bastara un hombre, campesino
De buena fuerza, a levantar en alto
Una sola panoja de sus troxes
De maíz. Pero hay más . . . . ¿Sabré decirlo?
A su acento, los ídolos antiguos,
Los dioses tan antiguos como el mismo
Oztoc, a quien escuchas, de las altas
Pirámides rodaron, y la Luna
Que regaba con sangre sus altares,
Huyó a buscar, entre las gentes bárbaras,
Incienso y sacrificios. Por quince años
Reinó él en Mita y en las verdes islas
Del sacro lago, el encantado Güijar.

El ciervo blanco . . . .
LA DIOSA, *interrumpiéndole.*—Oztoc, por lo que dices,
Ese Héspero, hombre o dios, es, no lo dudes,
El esposo que busco. Iré a la santa
Mita, que dejo al Cuzcatlán.
OZTOC.— Espera:
Héspero dejó a Mita ha muchos años;
Con su corte de artistas y de sabios,
Llevando el bien y la virtud por armas,
Fué a conquistar el mundo, noble hazaña
Que no fué dado hacer a los guerreros.
LA DIOSA.—El es, por lo que dices; mas tu ciencia
Cuán precaria parece! ¿Una caverna,
No puede saber más? Acaso ignoras
Que ha babido precipicios, sin ser dioses,
Que lanzaban oráculos, y encinas
Y robles, con el dón de profecía?
OZTOC.—¡Decir eso a la tierra! De los dioses,
Sólo el Cielo podría; sólo, acaso,
También este dios Héspero de que hablo,
Sondear, cual yo, el pasado y el futuro.
Toda palpitación de la existencia
Conmueve al punto mi crestado dorso,
Y deja en él, en sangre o en ruínas,
Su huella perdurable! Si por tanto,
Quieres que recogido yo en mí mismo,
Siga el paso del santo Peregrino,
De ese Héspero a quien ya amas; breve instante
Baste quizás para rendirme el fruto
De honda meditación . . . . (Pausa) Oye. Le veo
Pontífice de Tula. Muchos años
Su bondad, o su diosa derribada,
Irrita a los sectarios de la Luna;
Huye; mas luego la diadema de oro
De los reyes, que fulge mucho menos
Que sus cabellos aureos, su alta frente
Ciñe en Mita del Norte . . . . Horror! Las hordas
Bárbaras, cual ciclones derribaron
Su trono . . . . Mas le espera otra diadema,
Y es rey de Tchidjén-Ytza . . . . Mas . . . . ¿qué escucho?
Sí, se oyen pasos . . . . Lejos . . . . Son sus pasos . . . .
Afortunada diosa! Sus pisadas
Se estampan en la senda de pinares
Del Nimxor . . . . Se dirije el Peregrino
A la antigua mansión del santo Güijar.
LA DIOSA.—En marcha, pues! A Mita . . . . Oztoc amigo,
En pago de la miel de tus palabras,
Sólo puedo dejarte, al separarnos,
Esa lluvia de flores.

(Cae una lluvia de flores sobre el Oztoc. La Diosa desaparece).



Afortunada Diosa! sus pisadas
Se estampan en la senda de pinares
Del Nimxor . . . . .

CUADRO II

Antiguo palacio de Héspero en el lago.

ESCENA III

HESPERO; un CORTESANO; séquito; un ESCLAVO.

HESPERO.—No tengo hijos ni los quiero.
EL CORTESANO.—Qué! ¿guardáis talvez enconos
A la mujer que dos tronos
Dejasteis sin heredero?
HESPERO.—Todo el mundo me fue dado
En su materia y su esencia
Y así ejercito mi ciencia
Sobre cuanto fué criado.
También es mío el poder,
Y en fin, la esfera invisible,
Algo excepto,—la visible
Flor del mundo,—la mujer!
De antiguo brillo la flor
Entre los dioses mayores
Y sobre todas las flores
La mujer fué la mejor;
Y yo que elegí la Estrella.
Como nombre celestial,
Digo:—Aunque es la flor su igual,
Puedo pasarme sin ella.
Pues en tal ejemplo fundo
Ya que lo invisible exalto,
Que algo hay mejor y más alto
Que lo más alto del mundo.
EL ESCLAVO.—*(Confundido entre la multitud).*
(Aparte). ¡Oh dolor de los dolores!
¡Cuán lejos vine a buscar
A quien, por flor, no ha de amar,
A la diosa de las flores!
Yo ser amante y risible!
Y al fin de tan duro viaje
Hallar escarnio y ultraje . . . .
Mas qué dijo? . . . . Lo invisible!
¡Lo invisible es lo mejor!
¡Y en prueba de tales bienes,
Hará él blanco a sus desdenes
A la misma Diosa Flor!
Pero ¿no me será dado
Pues mis secretos conservo,
Mirar, vestida de siervo,
Los secretos del amado?
¡Lo invisible! ¡ansia terrible!
Dónde hallarlo? ¿cuándo verlo?

¡Cómo llegara a poseerlo
Sería amada! . . . .
. . . . Lo invisible! . . . .
—Cortesano, hacedme estar
A los pies del Peregrino;
Que he de hacer largo camino
Y es en mi daño esperar . . . .
HESPERO.—Dejad llegarse a ese esclavo,
Que al huérfano, al miserable,
Recibo con voz afable,
Beso el rostro y sus pies lavo . . . .
EL ESCLAVO.—Yo he de postrarme ante vos,
Antes de alzarme delante . . . .
(Aparte). Qué luz hay en su semblante!
¿Es un hombre? o ¿es un Dios?
EL CORTESANO.—Basta, siervo! Aléjate. Anda.
Basta haber visto, a tu intento.
EL ESCLAVO.—*(Aparte).* Cierto que un breve momento
No aprovecha a mi demanda.
EL CORTESANO.—Hábil pareces y leal . . . .
(Al esclavo).
Hay un acomodo ¿estamos?
Un paje necesitamos
Que aderece el lecho real.
Desde hoy sirves en la casa
De Héspero.
EL ESCLAVO.—Eso es cosa vuestra.
(Aparte). Cuánta dicha!
EL CORTESANO.— Ve y da muestra
De las artes de tu raza.
EL ESCLAVO.—Cierto que he de hacerlo . . . . Vos
Diréis.
EL CORTESANO.—Tu puesto es la alcoba.
EL ESCLAVO.—*(Aparte.)* ¿Qué inmensa dicha me arroba?
Pero ¿es un hombre o un dios? *(Vase)*

CUADRO III

ESCENA IV

EN LA ALCOBA

EL ESCLAVO.

Mi trabajo de hoy está hecho.
¡Con que colores sutiles
Lucen los aguamaniles!
¡Cómo resplandece el lecho! . . . .
¡Dioses! ¡Cuánto he caminado!
Asco doy, pése a mi nombre! . . . .
Un momento, el gentilhombre,
Me pareció harto pesado . . . .

(Lo dice por EL CORTESANO)

Este diván me dará
Un instante de reposo . . . .
Y reposará el esposo *(Con ilusión)*
En donde la esposa habrá
Reposado . . . . Así atesoro
Esta ilusión y otras tantas!
Quitaré el polvo a mis plantas
En esta jofaina de oro . . . .
Si en Güíjar gastan boato!
¡Qué lucida muchedumbre! . . . .
A juzgar por la costumbre
Ya habrá fiesta para rato . . . .
Y entiendo que el Peregrino
Llegará cuando a la Luna
No hagan sombra en la laguna
Los palacios . . . . ¡Cruel destino!
Me falta el aire, el aliento . . . .
Este vestido me ahoga:
El sarape es una soga . . . .
¡Fuera el vestido un momento!

(Despójase de su tosca túnica de siervo y del sarape. Queda vestida de mujer: es la Diosa Flor).

Una diosa! Hay para reírse . . . . *(Se ríe)*
Si la llegada imprevista . . . .
De Héspero . . . .

(Soñolienta)

Habrá que estar lista . . . .
No dormirse . . . . *(Bosteza)* No dormirse . . . . *(Se duerme).*

Los cabellos encuadran su fino rostro: el busto queda medio descubierto.

(LLEGA EL PEREGRINO)

ESCENA V

HESPERO

Una mujer . . . . la ropa del esclavo
Que hoy se postró a mis plantas . . . .
Y era . . . . ¡oh sorpresa! esta mujer . . . . ¿De dónde
Pudo este engaño concebir? . . . . De nuevo
Se arman los partidarios de la Luna
De artificios diabólicos y al paso
Ofrecen a las fáciles pasiones
Blando asidero y poderoso halago? . . . .
Mas no: candor, belleza, amor y gracia,
Palpitan sólo en los dentornos gráciles.
De esta joven, y el puro elanzamiento

Del tallo de la cándida azucena;
Y de esta flor, que eleva sobre el lago
Su cáliz, en que se alzan los perfumes
Que ofrece el mundo al apacible cielo,
Las líneas melodiosas,
Corren por sus escorzos femeniles . . . .
Temblaría, con todo,
De ver, sobre el conjunto de sus formas,
Que hacen tan bella estatua de su cuerpo,
Amanecer la luz de su mirada,
Y en ella palpitar el dulce fuego,
Del amor terrenal . . . . ¡Extraño límite
Impuesto a mi misión por el divino
Poder! Todos los dones
Me es dado recoger; hay uno empero
Que me vedan los cielos . . . . Este! . . . . ¡Este!
Cierto es que esta flor abre su corola
Bajo el celeste azur; pero su tallo
Arranca de la tierra, y, justamente,
Mía fué la misión de hacer sensible
Que existen tal Belleza y Armonía
Que se alzan, como el cielo sobre el suelo,
Sobre aquella Harmonía y la Belleza
Que primero, a los míseros mortales,
Ha tiempo reveló la flor de Loto.
¿Cómo, pues, ¡oh destino! he de postrarme
Delante de una flor, así fuese ella
La belleza del mundo,
Si con tal excepción hago patente
La belleza del cielo?

(Medita)

¿Pero a tan cruel ayuno que me he impuesto
No habrá compensación? Y esa flor bella
Sedienta de colgarse
Al cuello del esposo y de ofrecerle
Su incienso de belleza,
Vivirá condenada, nuevo Tántalo,
A consumirse en sed inextinguible?
¿Nunca el amor del cielo,
Movido por la gracia de las flores,
Juntará su divina
Palpitación, bajo el azur del éter,
A las angustias del amor humano?
¿Y hay en esta belleza
Y el fuego de esta grácil escultura,
Algo que fuera indigno de mostrarse
A los ojos, saciados de harmonías,
De los ángeles mismos?
Ya los nombré, ya oyeron mi secreta
Cavilación . . . .

(Rumor de alas en el artesonado)

No acuden presurosos,
Más pronto a la hora del dolor y el llanto,
Que al ofrecerme la ambición sus cetros,
Y su ánfora el amor, y sus perfumes . . . .
—Ea! mujer, despierta! . . . .
FLOR.—*(Con terror)* ¡El Peregrino!
HESPERO.—Qué te movió a mostrarte
En vestido de esclavo y atavíos,
De un sexo que, de cierto,
No era el tuyo?
FLOR.— El Amor.
HESPERO.— Pobre criatura!
Vas a ser azotada
Por los arqueros.
FLOR.— ¡Héspero!
¡Héspero! Soy la diosa
De la vida; la Diosa
Flor! . . . . *(Suspensión de Héspero)*
HESPERO.—¡Oh asombro! la cima, la corona
Del universo, la única do acaso
Pueda el amor celeste
Descender y posarse.
FLOR.—¿Os negaréis ahora a que os ofrende
Las flores de la dulce Primavera,
Como incensario, henchido de perfumes,
Ante el altar de un dios? . . . .
HESPERO.—Ay! sí, por cierto!
No pone su morada la paloma
Junto al cráter humeante,
Ni al fuego abrasador del Mediodía
Favonio de cristal abre sus alas.
Hay algo,—lo Invisible,
Que no ha ungido las formas,
Ni los jardines mórbidos de Flora.
Y el perfume letal de estos jardines
No debe alzarse hasta nublar el nimbo
De una frente divina.

(Con intención marcada)

Confórmate con que arda tu incensario
En las últimas gradas del santuario.
FLOR.—¡Oh desesperación, más que la muerte
Detestable y cruel! ¿Debo por siempre,
Gemir por este amor, sin alcanzarlo?
HESPERO.—Oh diosa! algún secreto
No ha penetrado tu alma todavía.
FLOR.—¿Puedo, en fin, Peregrino,
Esperar que un secreto . . . .
HESPERO.—*(Interrump.)* Un mundo para tí desconocido . . . .
FLOR.—Quebrante mi cadena de cautiva?
¿Puedo también, en tanto,
Vigilar por mi dueño y su descanso,

Cabe el dintel de roble de sus puertas?
¿Puedo ver desde lejos
La llama cuyo fuego
Me hará digna de vos? . . . .
HESPERO.—Tu amor, amiga,
Te elevará en un día que es arcano,
A mi trono y mi amor! ¡Espera el día
Que verá nuestro dulce desposorio!
Vela, pues, a la puerta;
Mas, no intentes saber secreto alguno
Del Peregrino. Al punto que lo hicieses
Serían nuestras bodas imposibles,
Y el mundo, como el día de un eclipse,
Gemiría la noche de mi ausencia,
Que para tí y para él sería larga,
Por siglos y por siglos . . . .
Extingue ya esa antorcha.

(La diosa apaga la antorcha y se sienta en un escabel a la puerta. El peregrino sube a su lecho y se duerme).

(Se oye monologar a media voz a la Diosa).

FLOR.—Le velaré como la madre a su hijo
Enfermo; mas, el bárbaro mandato
De que no intente sondear ninguno
De sus secretos, cuando sé que en ellos
Y en saberlos está la fuente pura
De mi dicha y mi amor, no he de cumplirlo.
¿Cómo hallaros, misterios poderosos,
Que así acortáis el tiempo y la distancia,
Que me separan de Héspero? ¿He podido
Ver siquiera la frente
Del Peregrino?
Un centellear de oro
Contornea su faz, pues sus cabellos
Embebe una substancia coruscante . . .
Allí está! . . . . Se ha dormido . . . .
Quiero, pues, contemplarlo.
Encenderé la antorcha de la alcoba
Con la piedra sagrada que otro tiempo
Dejó escapar de su apretado seno
El fuego engendrador de luz y vida.
Esta es la yesca.

(Enciende la antorcha)

Contemplarle quiero.

(Alumbra a Héspero y lo comtempla)

EL! el amor soñado . . . .
Le tengo a un paso y me separan siglos
De su pecho . . . . En verdad, estos amores,

Si he de hablar como diosa, colgarían
La tierra, como un nido de oropéndola,
De la rama del árbol cuyo fruto
Son la sabiduría y la ventura.
Mas, qué veo? Una llave!
¡Oh llavecita de oro,
Que cuelgas de su cuello sobre el pecho
Que sella misteriosa cerradura,
Ven; oh ven! a mis manos!
No resisto al deseo
De abrir este divino
Santuario, que sin duda,
Guarda aquellos secretos,
De que me hablara ahora el Peregrino,
Y en que estriban las bodas
Que yo anhelo, en verdad, y he de decirlo?
Que anhela también él! Abranse, digo,
De par en par las puertas de esmeralda,
De este pecho divino . . . .

(*Da vuelta a la llave*)

Oh estupor! Otro espacio,
Como el cielo, insondable, y en él giran,
Nuevo sol, otra luna, otras estrellas,
Talvez los arquetipos o plantillas
Que giran en el seno
De un supremo Hacedor, donde los astros
Toman origen, como bellas frutas,
De la savia del árbol
En cuyas frondas de esmeralda penden.
También las Estaciones y las Horas,
Que allí pasan en carros de diamante,
Regulan el voltear de los planetas
Al girar de sus llantas luminosas.
Una vida seráfica
Bajo el palio de luz vivificante,
Hace ver que la esfera de la tierra
Es pálido recuerdo
De tal inagotable paraíso . . . .
Un haz de luz rosada
Corta el espacio azul, y del abismo
Donde toma su origen, otro rayo
De color de oro, trae entre sus haces,
Una, dos, tres angélicas figuras
De mujer . . . . ¿Son querubes o son hadas?
Mas luego un rayo azul se une al torrente
Y una pura cascada de esmeraldas
Trae flotando en su luciente zona
Hasta nueve doncellas celestiales,
Y unas pulsan la lira y otra alienta
Con gesto heróico una trompeta de oro.
Allá, una luz violeta . . . . y a intervalos,
Lenguas de fuego errantes . . . .

Temerosa.

¿Echaré presto llave?........ Mas ¿qué veo?
Abriendo una cañada entre colinas
De fresco césped, serpentea un río:
Y una hermosa mujer lava unas ropas
Blancas como la nieve.
Y he aquí: las azules
Ondas, ya han arrastrado algunos paños. ....
Luego, el agua a su paso se lleva otros.
Por cierto, ella embebida en su tarea
Está lejos de verlo........ ¡Lavandera! *(Grita)*
¡Que arrastra la corriente
La blanca ropa! Escucha,
Buena mujer!

Héspero despierta

Horror! Mi agudo grito
Ha despertado al Peregrino ¡Ay mísera!
EL PEREGRINO.—¿Qué voces he escuchado?
¿Qué haces, diosa insensata? . . . .
El destino se ha roto . . . .
Contarás ocho siglos
Antes que llegue el día
En que han de consumarse nuestras nupcias.

(El Peregrino desaparece como una visión. La diosa permanece retorciéndose los brazos desesperada)

CUADRO IV

El mismo paisaje abierto en la montaña

ESCENA VI

LA DIOSA FLOR

Se ha cumplido ya el plazo;
Pero en vez de la nube, orlada en fuego;
O del carro flotante,
Tirado por la cádida cuadriga
De garzas o palomas,
En que viene el esposo, negras nubes
Entoldan el Oriente; el remolino
De fuego de la guerra
Pone su tea a la divina tienda
Del azul firmamento
Y en medio al humo trágico,
Mientras unas ciudades se derrumban,
Otras vense nacer a flor de tierra.
He allí que en el valle, al pie subiendo,
Como una enredadera,
De esta verde montaña,
Cual roja cuna, eleva sus tejados,

Nueva ciudad: su nombre numeroso,
San Salvador . . . . El plazo
Funesto de ocho siglos, hoy expira.
La juventud eterna de los dioses
No bastó a aligerar su tardo paso.
Todos los días rebosó en mis cestas
La ofrenda de azucenas y de lirios,
Hecha al blando recuerdo del amado;
Así entretuve mi dolor, que agranda
En estos días, la espantosa guerra
Y la ruína de templos,
Donde entre los escombros y el olvido,
Se hundirán mis altares y mi nombre.
No de amor y sus quejas
He de tratar, mas de dolor . . . .

(Aparición luminosa: es el Peregrino)

ESCENA VII

HESPERO; LA DIOSA FLOR.

HESPERO.— A su hora
Llego. Tal es, por decisión del cielo,
La hora de nuestras nupcias;
Y así el amor en el dolor empieza.

(Un rayo de luz rosada cae sobre la Diosa Flor)

FLOR.—Qué luz divina inunda la montaña?
HESPERO.—El goce espiritual! Placer del alma!

*(Cámbiase el rayo de luz rosada
en un haz de color de oro suave)*

FLOR.—La tierra huye a mis plantas! ¿Qué luz nueva
Desciende de la altura? El oro suave
Matinal, no embebece la mirada
Con éxtasis igual. Miro en sus haces
Las tres ninfas aéreas
Que en aquella hora aciaga en que abrí el pecho
Del dulce Peregrino,
Flotaban en el mismo rayo de oro.
Mas ahora me miran y sonríen:
Cuál es su nombre, esposo?
EL PEREGRINO.—Son la gracia:
Talía que es la gracia de las flores;
Aglae que desciende de los astros,
Y la que hoy hace palpitar tu seno,
La angélica Eufrosine,
Con la dulce belleza del espíritu
Y la serenidad . . . .
FLOR.— ¡Esposo mío!
EL PEREGRINO.—Mi esposa! Hé aquí nuevos convidados

Que llegan presurosos
A nuestras bodas.

(Un rayo de luz azul se une al rayo de oro y mezclados en haz verdegueante caen sobre la Diosa)

FLOR.— Ah! qué luz es ésta?
EL PEREGRINO.—La vida o teofanía
Del alma. Mira, mira, como llegan
En sus ondas miríficas, trenzando
Su armoniosa teoría,
Nueve resplandecientes
Figuras de doncellas celestiales;
Oye su casta música,
Pues unas pulsan argentadas liras,
Y la otra alienta una trompeta de oro.

(Oyese una música celestial)

Y todas cantan el peán sublime
De la vida del alma y la esperanza.

(Cae sobre la Diosa un haz de luz violeta)

FLOR.—¿Qué es esta luz fundida de amatistas?
EL PEREGRINO.—La fe en el porvenir, y en medio mira,
Mira, como desciende el sacro beso,
Sobre tu frente pura . . . .

(Pósase una lengua de fuego sobre la frente de Flor)

Ya se abate el alado paraninfo
Con la celeste mesa
De la ágape celeste,
Festín de nuestras bodas.

(Un ángel trae una mesita de oro y en ella una copa de vino y un pan)

FLOR.—¡Gloria sin fin, amor del paraíso!
EL PEREGRINO.—Esposa, toma y come de mi carne.
Esposa, toma y bebe de mi sangre.

(Parte el pan y da una mitad a la Diosa: ambos lo llevan a los labios, representando)

Penetra de una vez, Diosa de América!
El arcano profundo:
Yo soy, esposa, El Salvador del Mundo.

(TELON RAPIDO)

NOTA:—Frailes cronistas de América hubo que se dividieron en dos opiniones sobre Héspero y unos dicen en sus escritos que este que es uno de los dos civilizadores que llevaron el nombre de la Estrella de la Mañana, era Santo Tomás, el apostol desaparecido, y otros, que era el mismo Jesucristo. Esta segunda tradición u opinión de dichos cronistas, ha dado origen al presente poema dramático, auto sacramental, misterio u oratorio a la moderna.

F. G.

LA VUELTA DEL HEROE

POR FRANCISCO GAVIDIA.

LA sorpresa fué grande en Tlapallan —llamada por los cronistas «la misteriosa»—: el héroe que llevaba el nombre de la Estrella de la Mañana, estaba de vuelta. Volvía después de muchos años, después de ser rey pontífice máximo en la Tula de Anáhuac—de ser rey por veinte años en Cholula, la ciudad del Peregrino—y diez años en Mayapán.

En presencia de esta persona venerable todavía, pero muy demacrada, los ancianos recordaban al antiguo profeta, al tiempo de su partida de Tlapallan,—era entonces un personaje de semblante benévolo, blanco y de barba y cabellos rubios, descripción recogida por el cronista Torquemada. Todos tenían presente su manto largo y flotante; su túnica, también blanca, sembrada de flores negras,—rasgo anotado por el venerable Las Casas. Recordaban el séquito que le acompañó en su viaje al Nordeste, hombres igualmente hábiles en las obras de arte y en las combinaciones de ciencia, arquitectos, pintores, escultores, cinceladores, orfebres, joyeros, matemáticos, astrónomos, músicos, «como en las otras industrias para la sustentación humana». Usaré de preferencia las frases vivas que los cronistas han tomado a la leyenda y a la tradición.

En fin, tenían presente su maravillosa carrera de héroe y de civilizador.

Pero el tinte de melancolía que sombreaba su rostro, tenía algo que era, no sólo la huella que en él dejara la adversidad,—era, además, en el héroe milagroso, en el sér perfecto, el signo de los remordimientos y el descontento de sí mismo.

En un dios, como él era—que había podido tener la satisfacción de ver desde su teocali, que se alzaba en Cholula sobre una pirámide cuya base tiene cuatrocientos cincuenta metros por lado, el más hermoso paisaje de prados sonrientes y de volcanes coronados de llamas—este descontento de sí hacía ver lo que en él había de humano.

Estaba gravemente herido, no tanto por sus derrotas y por la saña de sus enemigos, cuanto por sus faltas.

Los sacerdotes de Mictlán de Tlapallan,—donde se le había erigido el famoso templo redondo que hallaron los españoles al tiempo de la conquista,—que habían ido a su encuentro, tenían deseos de escuchar sus palabras, pues les había hablado muy poco.

El Tecti o gran sacerdote, que llevaba una mitra con dos plumas de quetzal, y vestía gran túnica azul, cortó las alabanzas con que abrumaba al dios, el agorrero, poniendo, como dice una locución vulgar, el dedo en la llaga, y soltando la voz a semejantes razones:

—Escuchadnos, pues, Ceacatl Quezalcohuatl (que este era el nombre de la Estrella de la Mañana en su idioma, que era el tolteca, o náhuatl, o náhuate) a fin de que luego nos refiráis cómo ha sido vuestro largo combate con la Luna. Aquí en Tlapallan, el rey de Cuscatlán, llamado el Pez-Aguila, quiso restablecer el culto de vuestro enemigo; pero llenos de horror por los sacrificios humanos, los hijos del País de los Collares alzaron en alto sus escudos de oro, y, elevado al trono un pastor, se restableció la religión de la Estrella de la Mañana, la vuestra, y prueba de ello es para voseste colegio de sacerdotes, este templo. Es, pues, este antiguo Tlapallan, el único país, al parecer, donde no os ha vencido vuestro enemigo el sanguinario Tezcatipoca, si, como es de temerse, habéis perdido la esperanza de que vuelvan al poder vuestros amigos de la antigua Tula de Anáhuac

y en la ciudad pía, la famosa Cholula, célebre años hace ya por su santuario.

El grandioso peregrino pareció volver a la realidad de los hechos y las cosas, al oír estas palabras, y clavando en el Tecti su mirada, soltó al punto la voz y habló de esta manera:

—De cómo es más temible el enemigo que halaga nuestras pasiones y nuestra vanidad que el enemigo franco y desembozado, es un ejemplo la historia de los últimos años de Quetzalcohuatl, que os habla,—y la historia de la caída del famoso imperio de Tula. La Luna, que para los niños es poética, plácida y triste, y para vosotros los sacerdotes que leéis los jeroglíficos y los analtés, es terrible, es, sobre todo, para los dioses, una deidad rica en ardides. Entablada la lucha entre las dos religiones, he aquí que una noche la Luna desciende del cielo, deslizándose por una soga torcida con los hilos de la araña. En seguida se presenta en mi palacio bajo la forma de un anciano, mago, adivino o hechicero, y dirigiéndose a uno de los sirvientes, le dice:

—Quiero ver a tu dueño; quiero hablarle.

—Ve en paz, anciano, le dice el sirviente,—no puedes ver a mi señor. Está enfermo. Puedes incomodarle y causarle aflicción.

Tezcatipoca insiste:

—¡Quiero verle!

Y entonces los sirvientes ruegan al hechicero que ahí espere; y vanse dentro y dicen: Hay un anciano (y dan las señas) el cual afirma que ha de ver al rey y que no ha de marcharse.

Respóndoles yo:

—Abridle paso, que ha muchos días que espero su venida. Pues, en verdad, había tenido un presentimiento, engañoso, ¡ay!, pues me anunciaba la dicha, y quien llegó fué mi enemigo.

Entra enseguida Tezcatipoca, y me dice:

—¿Qué tienes tú?

Y añade:

—Traigo una medicina que ahora mismo has de beber.

Y yo respondo:

—Sé bienvenido, anciano. Ha muchos días (¿fué acaso un sueño?) que espero tu venida.

Y el viejo hechicero entonces:

—¿Cómo va ese cuerpo? ¿Cómo estás de salud?

—Extremadamente enfermo, le respondo. Todo el cuerpo me duele. No puedo mover las manos ni los pies.

Entonces dijo Tezcatipoca:

—Pues bien, es necesario tomar esta medicina que yo tengo: es buena y saludable. Si la bebes, sentirás la embriaguez y el dulce alivio del corazón. Y acordársete ha de la grandeza y trabajos gloriosos de tu vida. Y arderás en deseos de partir, como en otro tiempo, en busca de la gloria, de marchar a países grandiosos que te aplaudan y comprendan, y escribirás nuevas páginas en el libro de tu vida....

—¡Oh! sí, le respondí, pues toda la ambición despertó en el fondo de mi pecho; mas los enemigos, los sectarios de la Luna, han suscitado una guerra que ha abatido mi espíritu.

—Hay un país donde se te espera. Si en Tlapallan fuiste educado y en Tula has sido grande, en Tula-Tlapallan serás llamado el grande de dos civilizaciones; la tulteca y la maya. Aquí eres Quetzalcohuatl; allá serás Kukulcán. En Tula Tlapallan estará otro anciano que te espera, y hablaréis juntos, y cuando vuelvas a Tula, serás joven como un muchacho.

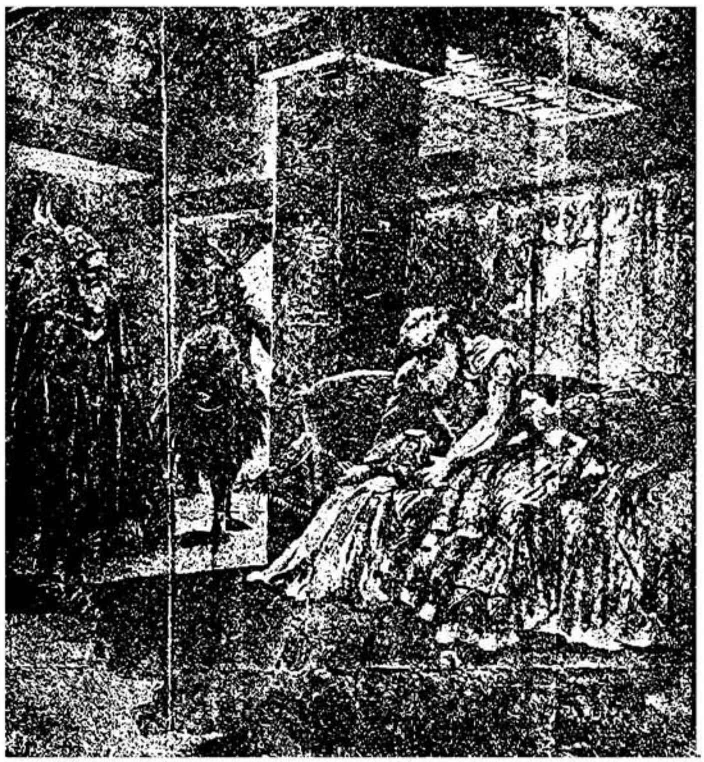
Oyendo estas palabras, siento movido mi corazón, mientras el hechicero, más y más insistiendo:

—Señor, dice, la medicina hela aquí: tomadla, pues.

Yo estaba aún meditativo; no quería beberla. Pero insiste de nuevo el hechicero:

—Bebe, mi buen señor, o, de no hacerlo, va a pesarte muy luego. O al menos, prueba el canto de la taza y gusta un sorbo.

Entonces gusté y bebí, diciendo:



—Bebe, mi buen Señor.

—¿Qué es esto? Parece ser una cosa muy buena y sabrosa. Ya me siento sano y libre de mi enfermedad. Ya estoy bueno.

El anciano hechicero repuso todavía:

—Bebe una vez más, señor, puesto que es bueno; así quedarás curado del todo.

Y bebí otra vez y otra y más veces, hasta embriagarme. Mi corazón se sintió pronto a nuevas proezas, con menosprecio de la corona y del cetro de Tula, y no podía apartar de mi mente la idea de que debía ir, debía partir....Tal era el fin de la impostura del insidioso Tezcatipoca, y la medicina era vino blanco de maguey que hoy llaman «teumetl».... Partí.... y aunque salieron a mi paso los habitantes de la planicie en que se alza el gran santuario, y me hicieron rey de Cholula, desde allí segui con dolor la destrucción del poderío de la raza tolteca. La Luna, deidad pérfida, después de alejarme de Tula se propuso hacerse del poder de su rey Vémac, y por medio de él aniquilar mi nuevo reino. Ved aquí cómo obtuvo sus funestos designios. Siendo los bárbaros el mayor número de sus prosélitos, emprendió la tarea de elevarlos al rango social y a las dignidades toltecas, y para esto acometió la empresa de ganarse la voluntad del rey Vémac, cuya casa había yo derribado, y vuelta al poder a mi partida, miraba con horror el poderío y grandeza de la Ciudad del Peregrino, que así se llamó la ciudad nueva en honor mío.

La Luna revistióse esta vez, de las apariencias de un bárbaro, presentándose en la plaza del mercado de Tula, como vendedor de axi, y haciéndose dar el nombre de Toveyo. Asomóse la hija única del rey Vémac a la terraza del palacio, que daba a la plaza del mercado, y vió entre los compradores y vendedores al dios Tezcatipoca, en la más perfecta figura humana que es dado imaginarse. Sintióse poseída de amor por él y en seguida comenzó a enfermar. El rey Vémac advirtió su enfermedad y preguntó a las doncellas la causa. Ellas contestaron que el amor de un buhonero o vendedor de chile, a quien se conocía con el nombre de Toveyo, y que la enfermedad de la princesa era de muerte.

Envió Vémac un pregonero a la montaña de Tzatzitepec, con esta proclamación:

—¡Toltecas!, buscadme a Toveyo, el que anda vendiendo axi verde y hacedle comparecer a mi presencia. Entonces el pueblo buscó por todas partes al hermoso vendedor de chile; mas no pudo ser hallado. Cuando más se desesperaba hallarle, apareció en el mismo sitio del tiangue y con su misma mercancía. Llevósele ante el rey, el cual le dijo:

—¿Quién eres tú?

—Soy un extranjero que ha llegado a vender axi verde.

Vémac dijo enseguida:

—Mi hija te ama con vehemencia, y no desea desposarse con ningún tolteca; está enferma de amor y tú debes curarla.

Pero Toveyo replicó:

—Esto no puede ser de ninguna manera; mátame primero; deseo morir antes que oír estas palabras, pues no tengo otro medio de ganarme la vida que vendiendo axis verdes.

—Dígote, replicó el rey, que debes curar a mi hija de esta enfermedad; no temas por lo demás.

Entonces hizo llevar al astuto buhonero; le bañaron y cortaron sus cabellos, perfumaron su cuerpo, le vistieron magníficamente y le pusieron unas sandalias de oro. Desposóle el rey con la princesa y ella se sintió buena de su enfermedad enseguida.

Obtenido el favor real, el dios insidioso ha empleado el poder de Vémac, primero para aniquilar a la aristocracia tolteca en provecho de los bárbaros sus secuaces y creyentes, después para llevar la guerra a la Ciudad del Peregrino.

Heme aquí de vuelta....Heme aquí en Tlapallan, de donde salí con mi corte de artistas, después de haber llevado la civilización a tres reinos. Aquí están Mita y mi lago de Güijar, Hueytlato y su río Copán, Qiriguá al lado de un océano y Cuscatlán al lado del otro océano....Por lo que hace al destino de nuestra religión, viendo estoy el porvenir; príncipes de mi casa restablecerán su poder, aunque la lucha entre la Luna y la Estrella de la Mañana se prolongará a través de los siglos....Mas mi deseo de volver a estar con vosotros es el de dormir el último sueño en la cuna de nuestra raza.

Muchos cronistas refieren que Quezalcohuatl murió a los pocos días de su vuelta a Tlapallan.

FRANCISCO GAVIDIA.